



**“SI CONOCIERAS EL DON DE DIOS” (Jn 4,10).
UNA REFLEXIÓN SOBRE LA PASTORAL
DE LA INICIACIÓN CRISTIANA
Carta Pastoral para el Curso 2026-2027**

Antonio Prieto Lucena
OBISPO DE ALCALÁ DE HENARES

Diócesis de Alcalá de Henares
MATERIAL DE USO INTERNO

Portada: **«JESÚS Y LA SAMARITANA»**. Alonso Cano. 1650-1652.
 Real Academia de Bellas Artes de San Fernando (Madrid)

**«SI CONOCIERAS EL DON DE DIOS»
(Jn 4,10).**

**UNA REFLEXIÓN SOBRE LA
PASTORAL DE LA INICIACIÓN
CRISTIANA**

**Carta Pastoral para el
Curso 2026-2027**

**Antonio Prieto Lucena
OBISPO DE ALCALÁ DE HENARES**

Índice

1. ALZAR LA MIRADA CON EL PAPA LEÓN XIV	9
2. LLEGA UNA MUJER DE SAMARÍA A SACAR AGUA.....	12
2.1. <i>La formación del sujeto cristiano</i>	<i>13</i>
2.2. <i>Breve historia del catecumenado</i>	<i>15</i>
2.3. <i>La catequesis y los catecismos.....</i>	<i>19</i>
3. NO TIENES CUBO Y EL POZO ES HONDO.....	23
3.1. <i>El debilitamiento general de la vida cristiana.....</i>	<i>23</i>
3.2. <i>La disolución de lo humano</i>	<i>26</i>
3.3. <i>La reducción inmanentista</i>	<i>27</i>
3.4. <i>La ritualización de los sacramentos.....</i>	<i>29</i>
4. SEÑOR, DAME DE ESA AGUA, ASÍ NO TENDRÉ MÁS SED	31
4.1. <i>Los Grupos Frassati</i>	<i>32</i>
4.2. <i>La alianza educativa</i>	<i>37</i>
4.3. <i>El Directorio diocesano para la iniciación cristiana.....</i>	<i>40</i>
CONCLUSIÓN	43



Queridos diocesanos de Alcalá de Henares:

Tenemos todavía muy fresca, en la memoria y en el corazón, la visita apostólica a España de nuestro querido Papa León XIV, el pasado mes de junio. Al estar tan cerca de Madrid, nosotros lo hemos vivido con particular intensidad, tanto en la preparación como en el desarrollo de los actos. Quiero agradecer a todos vuestra participación, especialmente a los que habéis ayudado en la organización, os habéis ofrecido como voluntarios o habéis abierto vuestras casas o instituciones para la acogida de peregrinos. Hemos vivido juntos un momento de gracia, que no podemos dejar caer en saco roto.

El Papa nos ha dejado muchos mensajes, sobre los que tenemos que seguir reflexionando, pero entre ellos, yo destacaré su llamada a la *misión*. El lema de la visita, “Alzad la mirada”, estaba tomado del Evangelio en el que Jesús dialoga con la samaritana (cfr. Jn 4,1-45). Jesús está regresando con sus discípulos desde Judea a Galilea, y tienen que pasar por Samaría. Se detienen en la ciudad de Sicar, porque Jesús estaba cansado del camino, y mientras el Señor se sienta junto a un pozo, los discípulos van a comprar comida. Cuando vuelven, se extrañan de que Jesús esté hablando a solas con una mujer samaritana, y piden a Jesús que coma de lo que han traído, para que reponga sus fuerzas. Es entonces cuando Jesús les dice: “Yo tengo un alimento que vosotros no conocéis [...]: hacer la voluntad del que me envió y llevar a término su obra [...]. Alzad la mirada y contemplad los campos, que ya están dorados para la siega” (Jn 4,32-35). Al ver que los apóstoles ponían su atención en cuestiones demasiado prácticas y terrenas, Jesús les invita a ampliar su horizonte de miras, y a pensar en la evangelización, que es la misión que le ha confiado el Padre.

1. ALZAR LA MIRADA CON EL PAPA LEÓN XIV

Como Jesús, el Papa León XIV también nos ha llamado a la evangelización en los mensajes que nos ha dirigido en los actos de Madrid. En la Vigilia de oración, en la Plaza de Lima, el Papa fue contundente con los jóvenes, invitándolos a no tener miedo de abrazar la vocación al sacerdocio, a la vida religiosa, al matrimonio o a otros servicios eclesiales. Sus palabras fueron un verdadero envío misionero: “Si ardéis en la fe, transmitiréis su fuego vivo [...]. Sed vosotros mismos chispa de una nueva humanidad [...]. Sed misioneros del Evangelio ante las pobreza materiales y espirituales de nuestro tiempo [...] ¡Vosotros podéis cambiar la historia! ¡Hacedlo con el amor!”¹.

Al día siguiente, en la Eucaristía del *Corpus Christi*, en la Plaza de Cibeles, el Papa volvió a insistir en la misma idea:

“No se trata únicamente de sacar la custodia, sino de dejarnos sacar nosotros mismos del egoísmo, de la indiferencia, de una fe cómoda y privada [...], para acoger su presencia que nos transforma y nos hace constructores de un mundo nuevo [...]. Por tanto, he aquí una encomienda para la España de hoy y de mañana: que la religiosidad que desde hace siglos anima este país no sea un museo del pasado que visitar, sino una escuela de fe de la que beber también hoy”².

En el encuentro con la comunidad diocesana de la Provincia Eclesiástica de Madrid, en el Estadio Santiago Bernabeu, el Santo Padre insistió en la *comuni3n*, como clave fundamental de la misi3n. Compar3 la evangelizaci3n con una coral, en la que los miembros aprenden el “arte de la polifonía”, creando la unidad a partir de la

¹ LE3N XIV, *Alzad la mirada. Visita apost3lica del Papa Le3n XIV a Espa3a*, Madrid 2026, 39.

² *Ibid.*, 42-43.

diversidad³. Nos decía el Papa que los números, los datos y los hechos no son suficientes para generar comunidad. Nuestro corazón necesita “cantar juntos”, como hacemos en la liturgia, lo cual significa “evangelizar juntos”, en comunión.

Fue muy hermosa la interpretación que hizo el Papa del texto de San Pablo: “el amor de Cristo nos apremia” (2 Co 5,14). Nos explicó que “apremiar” significa al mismo tiempo “urgir” y “mantener unidos”. La caridad de Cristo nos urge a la evangelización, pero esta evangelización solo podemos llevarla a cabo unidos unos a otros, como miembros de un solo cuerpo. Esto es todavía más evidente en las grandes urbes, donde, según el Papa, se está elaborando una nueva cultura y se gestan nuevos paradigmas, que exigen nuevas respuestas pastorales⁴.

El Santo Padre concluyó su discurso con una llamada a la confianza y a trabajar en corresponsabilidad misionera: “¡Nada os turbe, nada os espante! Juntos, como Iglesia diocesana, podéis ofrecer el testimonio evangélico que desata las mejores fuerzas de una humanidad bombardeada de imágenes y palabras, pero hambrienta de justicia y sedienta de verdad”⁵.

Finalmente, en el encuentro que tuvo con los voluntarios, en el IFEMA de Madrid, con palabras muy hermosas, el Papa comparó la evangelización con la levadura que hace fermentar toda la masa:

³ Cfr. *Ibid.*, 80.

⁴ “En las grandes ciudades, más que en otros lugares, a veces nos parece que ya no tenemos los mapas para movernos con seguridad. Entonces hay que volver a aprender el arte espiritual de ser cordiales, sin el cual incluso el anuncio del Evangelio corre el riesgo de convertirse en una repetición impersonal y, al perder eficacia, deja espacio a la frustración y la desconfianza”: *Ibid.*, 82.

⁵ *Ibid.*, 83.

“Jesucristo vino a traer al mundo la levadura del reino de los cielos; la mezcló con la masa de nuestra humanidad enferma para sanarla por dentro, con el agua y la sangre de su sacrificio y con el fuego del Espíritu Santo. Y tras su muerte y resurrección, envió a sus discípulos, con la fuerza del mismo Espíritu, para que fueran en el mundo signos e instrumentos de su reino, el reino de amor, de justicia, de paz. Esto se realiza mediante la predicación, pero también, y diría más aún, a través de un estilo de vida, una forma de pensar y de comportarse, que es la del Evangelio. Pues bien, un rasgo esencial de este estilo es la gratuidad [...]. Hermanos y hermanas, ¡sigamos por este camino!”⁶.

Justo después de pronunciar estas palabras, el Santo Padre bendijo las primeras piedras de las dieciocho nuevas parroquias que van a construirse, Dios mediante, en los próximos años, en nuestra provincia eclesiástica, cuatro de las cuales pertenecen a nuestra diócesis de Alcalá de Henares.

Acogiendo este envío misionero del Papa León, quisiera proponeros, para el nuevo curso que comienza, una reflexión sobre la pastoral de la iniciación cristiana. Como comunidad cristiana, tenemos una visión: “en santidad y comunión, ser misioneros de la acogida y la esperanza”. El curso pasado aplicábamos esta visión a la pastoral de infancia y juventud, que ha recibido un nuevo impulso gracias al trabajo de todos. Siguiendo el camino comenzado, os propongo renovar nuestra iniciación cristiana, para que pueda responder lo mejor posible a los desafíos que nos plantea el mundo de hoy.

⁶ *Ibid.*, 86-87.

2. LLEGA UNA MUJER DE SAMARÍA A SACAR AGUA

Detengámonos un instante a contemplar el diálogo de Jesús con la samaritana. El Señor, rompiendo las barreras culturales, toma la iniciativa y busca a la mujer en su propia realidad, junto a un pozo, que, en aquel tiempo, era un lugar de encuentro social y de amistad. Jesús no actúa con prepotencia. Todo lo contrario, se adapta a su interlocutor, incluso se muestra vulnerable y pide a la mujer que saque agua del pozo para él. Era la primera hora de la tarde, cuando hace más calor, cuando el agua se necesita con mayor urgencia y necesidad.

La mujer va al pozo sola, con experiencias de relaciones personales fallidas, aferrada a su cántaro vacío. Sin juzgarla por su pasado, Jesús inicia un diálogo que va creciendo en profundidad: del agua física se pasa al agua psicológica del deseo, para terminar en el agua viva de la fe. Cuando termina el diálogo, la mujer se siente restaurada en su dignidad y con fuerza para soltar su cántaro vacío, que simboliza sus antiguas seguridades. Corre a la ciudad, se reencuentra con sus vecinos y les explica su experiencia. Llegó al pozo sola y ahora se ha convertido ella misma en un pozo para los demás.

La samaritana es imagen del hombre contemporáneo, que busca a Dios muchas veces sin saberlo, en medio de equivocaciones, de obstáculos y debilidades. San Agustín comenta que la samaritana es “una figura de la Iglesia, no santa aún, pero sí a punto de serlo”⁷. El diálogo de Jesús con la samaritana es una expresión de la iniciación cristiana, mediante la cual la Iglesia se hace mediadora, para el hombre, del agua viva del Espíritu Santo, que sana la sed espiritual del pecado y de la búsqueda de sentido. No en vano, el texto

⁷ S. AGUSTÍN, *In Iohannis Evangelium tractatus*, XV, 10.

evangélico de la samaritana era una de las lecturas fundamentales del catecumenado antiguo.

“La iniciación cristiana es la inserción de un candidato en el misterio de Cristo, muerto y resucitado, y en la Iglesia, por medio de la fe y los sacramentos”⁸. Es la respuesta de la Iglesia al mandato misionero de Jesucristo, que nos dijo: “Id y haced discípulos de todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; y enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado” (Mt 28,19-20). Habida cuenta de este mandato, podemos comprender que la iniciación cristiana no es una actividad más entre otras de las que realiza la Iglesia, es su primer deber⁹.

2.1. La formación del sujeto cristiano

La iniciación cristiana tiene una importancia trascendental para la vida de la Iglesia. Se trata de *formar al sujeto cristiano*. Si no alcanzamos este objetivo, todos los demás esfuerzos por educar para la vida familiar, por fomentar las vocaciones de especial consagración, o por impulsar la misión de los laicos en la vida pública, se verán abocados al fracaso, ya que todos ellos se fundamentan en un sujeto cristiano bien constituido¹⁰. No cuidar adecuadamente la iniciación cristiana es como construir la casa de la Iglesia sobre arena. Cuando caiga la lluvia, se desborden los ríos o soplen los vientos, toda la casa se vendrá abajo (cfr. Mt 7,24-27). En cambio, una sólida pastoral de la iniciación cristiana significa edificar

⁸ CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, La iniciación cristiana. Reflexiones y orientaciones (1998), n. 19.

⁹ Cfr. E. SANTAYANA, Fundamentos teológicos y pastorales de la iniciación cristiana, Alcalá de Henares 2018, 37.

¹⁰ Cfr. Catecismo de la Iglesia Católica, n. 1212.

la Iglesia “sobre roca”, con unos buenos cimientos que sostendrán todo lo que se construya después.

Con la iniciación cristiana, la Iglesia no busca ampliar su ámbito de poder, sino dar al hombre la única respuesta satisfactoria para su vida, que es Jesucristo. Como decía San Ambrosio: “Cristo es todo para nosotros. Si quieres curar una herida, él es médico; si tienes sed, es fuente; si estás oprimido por la iniquidad, es justicia; si necesitas ayuda, es fuerza; si temes la muerte, es vida; si deseas el cielo, es camino; si huyes de las tinieblas, es luz; si buscas alimento, es comida”¹¹.

Al darle a Cristo, mediante los sacramentos de la iniciación cristiana, el hombre recibe algo que antes no tenía: la filiación divina. De esta manera, se eleva su condición ontológica. En efecto, ser cristiano es mucho más que un simple cambio moral o intelectual. Ser cristiano significa “nacer de nuevo”, del agua y del espíritu (cfr. Jn 3,5), para convertirnos en “hijos en el Hijo” (cfr. Ef 1,3-6). Con el bautismo, se inaugura una vida nueva en nosotros, que se reafirma con la confirmación y se alimenta con la eucaristía, en un proceso de seguimiento y transformación en Cristo que dura toda la vida.

La iniciación cristiana es un *itinerario de fe*, que brota del anuncio de la Palabra de Dios: “la fe nace del mensaje que se escucha, y la escucha viene a través de la palabra de Cristo” (Rm 10,17). En la iniciación cristiana, el anuncio tiene un papel fundamental. Supone el encuentro con el amor incondicional de Dios y la invitación a dialogar con Dios en Cristo, en un camino que se abre a la conversión. Como afirmaba San Pablo VI, la evangelización es un “diálogo”¹². No puede concebirse simplemente como un discurso

¹¹ S. AMBROSIO, *Sobre la virginidad*, 99.

¹² “Si, verdaderamente, la Iglesia [...] tiene conciencia de lo que el Señor quiere que ella sea, surge en ella una singular plenitud y una necesidad de

unidireccional, o como una cosa que se entrega, una palabra que se aprende, una doctrina que se acepta o acciones que el destinatario repite de manera pasiva. La evangelización es un proceso complejo, en el que el destinatario es un interlocutor activo, que involucra toda su persona, madurando gradualmente en una interacción dinámica, en la que la iniciativa la tiene Dios.

En efecto, la fe es don de Dios: “nadie viene a mí si el Padre no le atrae” (Jn 6,44), pero es también respuesta libre por parte del hombre, que reconoce la soberanía de Cristo sobre su vida y decide hacerse discípulo suyo. Esta respuesta de fe requiere tiempo y crecimiento. El hombre debe pasar de una *fe inicial*, a partir del anuncio de la Palabra de Dios y el testimonio de otros cristianos, a una *fe madura, viva y operante*, mediante un proceso de catequesis, de oración y de convivencia con la comunidad eclesial.

Finalmente, podemos decir que la iniciación cristiana es el *ejercicio de la maternidad de la Iglesia*, que quiere acoger en su seno a todos los que han recibido el don de la fe cristiana. Como afirma San Agustín, la Iglesia “es la única madre verdadera de todas las gentes, que ofrece su regazo a los no regenerados y amamanta a los regenerados”¹³.

2.2. Breve historia del catecumenado

Desde los tiempos apostólicos, la Iglesia se ha preocupado de la iniciación cristiana. En un texto griego del siglo I, llamado *Didajé* y

efusión, con la clara advertencia de una misión que la trasciende y de un anuncio que debe difundir. Es el deber de la evangelización [...]. Nosotros daremos a este impulso interior de caridad, que tiende a hacerse don exterior de caridad el nombre, hoy ya común, de diálogo”: S. PABLO VI, Encíclica *Ecclesiam suam*, n. 33.

¹³ S. AGUSTÍN, *Epístola* 23,4.

considerado “el primer catecismo del cristianismo”, ya aparece una catequesis moral previa al bautismo. Testimonios similares se encuentran en otros textos antiguos, como la *Epístola de Bernabé* o la *Primera Apología de San Justino*, hasta que Clemente de Alejandría, en la segunda mitad del siglo II, ya nos describe un proceso de iniciación cristiana de larga duración y bien estructurado, que se había institucionalizado de manera general en toda la Iglesia, aunque no tuviera la misma forma en todas las sedes. Como aparece en los escritos de Tertuliano, Hipólito y Orígenes, no se trataba de una instrucción meramente teórica, sino de una inserción progresiva en la vida de la Iglesia, que exigía, por parte de los catecúmenos, una real conversión de la mente y de la vida¹⁴.

Los elementos esenciales del catecumenado eran los siguientes: “el anuncio de la Palabra, la acogida del Evangelio que lleva a la conversión, la profesión de fe, el bautismo, la efusión del Espíritu Santo y el acceso a la comunión eucarística”¹⁵. Después del ingreso en el catecumenado, había un tiempo de catequesis, que, en Roma, sabemos que duraba tres años. A continuación, se sometía a los catecúmenos a diversos escrutinios, acompañados de ritos para asumir los compromisos bautismales. Finalmente, se celebraban los tres sacramentos de la iniciación cristiana, en la noche de Pascua, y los neófitos quedaban incorporados a la comunidad de la Iglesia.

A partir de los siglos V y VI, con la cristianización masiva de la población, que se concentraba en las ciudades o se dispersaba en los campos, el bautismo de los niños se fue convirtiendo en la forma habitual de recibir este sacramento, lo cual supuso la desaparición progresiva del catecumenado. Dado que la confirmación estaba

¹⁴ Cfr. SANTAYANA, *Fundamentos teológicos y pastorales de la iniciación cristiana*, 155-160.

¹⁵ *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1229.

reservada al obispo, si éste estaba presente, los tres sacramentos de la iniciación cristiana se celebraban en la misma ocasión, y según el orden tradicional. Si estaba ausente, los presbíteros bautizaban y daban la primera comunión, y la confirmación se remitía al momento en el que el obispo realizase la visita pastoral a la comunidad. La confirmación se administraba entonces antes o después de la primera comunión, según el caso.

En el IV Concilio de Letrán, en 1215, se estableció que la primera comunión se recibiese a la “edad de discreción”, es decir, en torno a los siete años, sin embargo, en los siglos posteriores, la costumbre varió y los niños solían esperar hasta la adolescencia, en torno a los doce o catorce años. En 1910, con el Decreto *Quam singulari*, el Papa San Pío X mandó restaurar la costumbre de administrar la primera comunión a la “edad de discreción”, en un proceso de evolución histórica en el que los tres sacramentos de la iniciación cristiana quedaron desvinculados desde el punto de vista celebrativo.

En nuestros días, el obispo delega la celebración del sacramento de la confirmación en sus vicarios, pero se sigue, más o menos, este último esquema que se ha descrito. Sin embargo, muchas cosas han cambiado desde aquella época en la que la sociedad mayoritariamente era cristiana. Ahora nos encontramos en una situación marcada por la secularización y la increencia, lo cual ha llevado a la Iglesia a replantearse seriamente la necesidad de recuperar el catecumenado.

En este sentido, fue muy importante el Concilio Vaticano II, que abogó por la restauración de un catecumenado que no fuera una mera exposición de dogmas y preceptos, sino una verdadera formación del sujeto cristiano, un “noviciado de la vida cristiana”, convenientemente prolongado, mediante el cual los discípulos

llegaran a unirse verdaderamente con Cristo Maestro¹⁶. Para ello, el catecumenado debía abarcar la explicación de la fe cristiana, la práctica de los sacramentos, de la vida moral cristiana, de la oración y de las obras de caridad. Recogiendo estas indicaciones conciliares, en 1972 se publicó el “Ritual de iniciación cristiana de adultos”, que describe la iniciación cristiana como un proceso estructurado en etapas.

La primera etapa es el *precatecumenado*, que consiste en el anuncio claro, valiente y gozoso del amor de Dios en Cristo, muerto y resucitado, por parte de testigos, que viven en una comunidad cristiana. Con la gracia de Dios, este anuncio provoca una conversión inicial en los oyentes y el deseo de ser cristianos. Estos “simpatizantes” son admitidos, entonces, a la segunda etapa, que es el *catecumenado*, pasando a llamarse “catecúmenos”.

El catecumenado es un tiempo prolongado de catequesis, gradual e íntegra, que tiene como referencia la explicación de la fe y la moral de la Iglesia, la práctica de la oración, al ritmo del año litúrgico, y la iniciación al apostolado, sobre todo con el testimonio de la propia vida y las obras de caridad. El siguiente paso es el *rito de elección o inscripción del nombre*, al comienzo de la Cuaresma. Mediante escrutinios, exorcismos, la entrega del credo y del Padrenuestro, y de otros ritos, la Iglesia intensifica sus cuidados maternos para que los catecúmenos se preparen lo mejor posible para la siguiente etapa, que es la *recepción de los sacramentos de la iniciación cristiana*, en la noche de Pascua. Recibidos los sacramentos, los catecúmenos pasan a llamarse “neófitos”, y comienzan la última etapa, llamada *mistagogia*, que consiste en seguir profundizando en el significado de los sacramentos recibidos y en la inserción completa en la comunidad cristiana.

¹⁶ Cfr. CONCILIO VATICANO II, Decreto *Ad gentes*, n. 14.

En los últimos años, la Iglesia ha comprendido claramente que el catecumenado, tal como se ha descrito, es el paradigma de toda forma de iniciación cristiana. En principio, está pensado para los adultos no bautizados, pero se ha visto que, si queremos formar cristianos maduros, tiene que servir de inspiración para todas las otras formas de iniciación cristiana. En este sentido, el Catecismo de la Iglesia Católica afirma que “por su naturaleza misma, el bautismo de niños exige un catecumenado postbautismal”¹⁷.

2.3. La catequesis y los catecismos

Como hemos dicho, en los primeros siglos de la Iglesia, junto con los adultos, también se bautizaban niños, pero no había para ellos ni ritos previos ni catequesis infantiles. Eran bautizados en la fe de la Iglesia, y sus padres o padrinos respondían por ellos. Cuando comienza a decaer el catecumenado, se va sintiendo cada vez más la necesidad de una catequesis posterior al bautismo, de la que se encargarán los ministros de la Iglesia.

La catequesis se llevaba a cabo en el contexto de las celebraciones litúrgicas, a las que asistían los padres junto con sus hijos. Se insistía en la explicación del credo y del Padrenuestro, que debían aprenderse de memoria, junto con los diez mandamientos y el catálogo de los vicios y virtudes. Al llegar a casa, los padres intentaban traducir a sus hijos lo que se había dicho en la iglesia, usando un lenguaje adaptado a su mentalidad. En su libro *De institutione laicali*, Jonás, obispo de Orleans en el siglo IX, recuerda a los padres que, como los obispos y los sacerdotes, también ellos, en su propia casa, tienen el “oficio de pastor” (*officium pastoris*)¹⁸.

¹⁷ Catecismo de la Iglesia Católica, n. 1231.

¹⁸ Cfr. JONAS AURELIANUS, *De institutione laicali* (PL 106,197-199).

En la educación cristiana medieval, también fueron muy importantes las imágenes que decoraban las iglesias, sobre todo las imágenes relativas a la historia sagrada y a los misterios de Cristo. Se trataba de verdaderas catequesis esculpidas en piedra o talladas en madera, que se convirtieron en las *Biblias de los pobres*. En cualquier caso, hay que decir que, en la Edad Media, toda la vida social estaba completamente marcada por lo religioso. La iniciación cristiana se hacía del mismo modo como se aprende la lengua materna, como por ósmosis, en un ambiente cultural muy favorable¹⁹.

Con la llegada de la modernidad, este ambiente de Cristiandad entró en crisis, a lo que se sumó la fractura de la Iglesia con motivo de la reforma protestante. Frente a los errores luteranos, la Iglesia católica vio la necesidad de precisar su doctrina, para evitar errores y ambigüedades. Con este fin, el Papa San Pío V publicó el *Catecismo romano*, que estaba estructurado en cuatro partes: credo, sacramentos, mandamientos y oración. Estaba destinado a los párrocos, que debían explicarlo a sus feligreses, adaptándose a su edad, capacidad intelectual y condiciones de vida. Para facilitar esta tarea, aparecieron resúmenes del *Catecismo romano* que se utilizaron ampliamente. En España, destacaron los catecismos de los jesuitas P. Ripalda o P. Astete.

Durante los siglos XVII y XVIII, la catequesis continuó desarrollándose principalmente en las parroquias, en las que se recordaba a los padres que debían ser los catequistas de sus hijos. Sin embargo, van surgiendo *escuelas parroquiales* dirigidas por congregaciones religiosas, en las que también se impartía catequesis, con el objeto de que los niños se cultivaran en una “piedad ilustrada” (*pietas literata*). El hecho de que la catequesis se

¹⁹ Cfr. Á. MATESANZ, “Historia general de la catequesis”, en: V. PEDROSA Y OTROS (EDS.), *Nuevo Diccionario de Catequética I*, Madrid 1999, 1132-1148.

introdujera en la escuela tuvo algunos efectos positivos, ya que la catequesis ganó en organización y pedagogía, sin embargo, como contrapartida, la catequesis se fue centrando demasiado en los contenidos y adquiriendo un tono excesivamente intelectualista, además de que se desvinculó del ámbito familiar.

Para contrarrestar esta catequesis demasiado académica y separada de la vida, en el siglo XIX y en diversos países de Europa, se ensayaron metodologías más activas, como la que llevó a cabo el sacerdote burgalés D. Andrés Manjón, en sus “Escuelas del Ave María”. El P. Manjón promovió que la doctrina cristiana se enseñara a los niños con juegos y con ejemplos, muchas veces en el campo, fuera del ambiente escolar, de manera que los alumnos disfrutaran aprendiendo y se convirtieran en protagonistas de su propio aprendizaje.

En el siglo XX, la Iglesia continuó en esta línea de promover una catequesis menos intelectualista y más kerigmática. Más que en la presentación de la fe cristiana como un sistema de verdades religiosas y principios morales, se trató de poner el énfasis en el anuncio de Cristo, culmen de la historia de la salvación, que nos comunica su gracia a través de la Iglesia y los sacramentos. Se insistió en que el catequista, más que un *profesor*, debía ser un *testigo*, que debía atender no solo a los contenidos, sino también a las dimensiones antropológica, experiencial y comunitaria de la catequesis. Toda esta mentalidad cristalizó en el Concilio Vaticano II²⁰, cuyos documentos fueron considerados por San Pablo VI como “el gran catecismo de los tiempos modernos”²¹.

²⁰ Cfr. CONCILIO VATICANO II, Decreto *Christus Dominus*, nn. 13-14.

²¹ S. PABLO VI, Discurso a los miembros de la Asamblea General de la Conferencia Episcopal Italiana, 23-VI-1966.

Atendiendo a la petición del Concilio Vaticano II²², en 1971, San Pablo VI publicó el *Directorium Catechisticum Generale*, que fue actualizado por la Congregación para el Clero en 1997, bajo el pontificado de San Juan Pablo II, con la idea de incluir las directrices del *Catecismo de la Iglesia Católica*, del año 1992. En el año 2020, el Papa Francisco impulsó la publicación de una nueva actualización de este *Directorio*, de la que se encargó el Pontificio Consejo para la Promoción de la Nueva Evangelización. Este último *Directorio* sitúa la catequesis dentro del proceso de la evangelización, como la ayuda que necesitan los convertidos a Cristo para realizar su profesión de fe y celebrar los sacramentos de la iniciación cristiana²³. La catequesis aparece íntimamente ligada a la liturgia, a las obras de caridad y a la experiencia fraterna dentro de la Iglesia.

²² Cfr. CONCILIO VATICANO II, Decreto *Christus Dominus*, n. 44.

²³ Pontificio Consejo para la Promoción de la Nueva Evangelización, *Directorio general para la catequesis*, n. 31.

3. NO TIENES CUBO Y EL POZO ES HONDO

En su diálogo con Jesús, la samaritana no oculta las dificultades reales que existían para que ella pudiera recibir el “agua viva”, de la que le hablaba el Maestro. Ella era samaritana y Jesús era judío, y los judíos no se hablaban con los samaritanos. Además, Jesús no tenía cubo y el pozo de Sicar era hondo, por lo que le parecía imposible que Jesús pudiera darle aquella agua que calmaba la sed para siempre.

La pastoral de la iniciación cristiana tampoco está exenta de dificultades, que debemos superar confiando en la gracia de Dios y en la acción del Espíritu Santo, que siempre nos sorprende. Nos encontramos ante un *cambio de época*, que, como señalaba el Papa Francisco, nos empuja a emprender “una nueva etapa evangelizadora”²⁴, con un nuevo fervor, con nuevos métodos y nuevas expresiones²⁵.

3.1. El debilitamiento general de la vida cristiana

Debido al proceso de secularización que, desde hace tiempo, afecta a nuestro viejo continente europeo, crece en nuestra sociedad la *indiferencia religiosa*, “que lleva a muchos hombres de hoy a vivir como si Dios no existiera, o a conformarse con una religión vaga, incapaz de enfrentarse con el problema de la verdad y con el deber de la coherencia”²⁶. Aunque últimamente se habla de un cierto “giro católico”²⁷, y es verdad que crece cada año el número de adultos que

²⁴ FRANCISCO, Exhortación *Evangelii gaudium*, 1. 17.

²⁵ Cfr. Pontificio Consejo para la Promoción de la Nueva Evangelización, *Directorio general para la catequesis*, n. 38.

²⁶ S. JUAN PABLO II, Carta *Tertio millennio adveniente*, n. 36.

²⁷ Cfr. L. F. ARGÜELLO, *Discurso inaugural de la CXXVIII Asamblea Plenaria*, 18-XI-2025, n. 2.

piden el bautismo, hemos de reconocer que predomina en nuestro ambiente el “enfriamiento religioso”²⁸, con el debilitamiento de la vida cristiana en su conjunto. Tenemos un alto porcentaje de católicos sin conciencia de su misión de ser la sal de la tierra (cfr. Mt 5,13), con una identidad cristiana débil y vulnerable²⁹, por lo que cada vez son más los padres que no solicitan el bautismo para sus hijos.

Como podemos comprender, este no es el mejor contexto para la iniciación cristiana. A causa de este enfriamiento religioso, cuando se celebran, los sacramentos de la iniciación cristiana, muchas veces, no se viven como verdaderos encuentros con Cristo, sino como meros actos familiares y sociales, en los que los niños quedan aturcidos por los vestidos que van a lucir o por los regalos que esperan recibir. Hay familias que llegan a endeudarse para que sus hijos puedan celebrar una fiesta, después de los sacramentos, que excede sus posibilidades.

Esta secularización de los sacramentos produce una mentalidad consumista, por la que los padres, cuando pueden, buscan la parroquia o entidad religiosa que les ofrezca el deseado sacramento, con la menor inversión de tiempo posible y con el mínimo compromiso. Cuando los padres son invitados a participar en la catequesis de sus hijos, en general, no lo hacen con mucho entusiasmo, a veces justificados por las múltiples obligaciones laborales y familiares que deben atender. Finalmente, cuando se celebra el sacramento, todo se acaba, como una etapa de la vida que ya se ha cubierto en espera de la siguiente. No en vano, lamentándose de la falta de perseverancia en la vida cristiana de los

²⁸ Cfr. S. JUAN PABLO II, *Carta Novo millennio ineunte*, n. 46.

²⁹ Cfr. EPISCOPADO LATINOAMERICANO Y DEL CARIBE, *Documento conclusivo de Aparecida*, n. 286.

niños que reciben los sacramentos de la iniciación cristiana, el Papa Francisco comentó que la confirmación podía considerarse el “sacramento del adiós”³⁰.

Por esta razón, Mons. Luis Argüello aboga por una “operación rescate” de la primera comunión:

“Claro que es legítimo que hagamos fiesta, con motivo de día tan importante para estos niños y niñas y sus familias, hagamos fiesta, pero situada esta celebración en el seno de la comunidad cristiana, con la sencillez propia de una fiesta que no pone tanto el acento en las cosas externas, en el dinero que gastamos en ella, sino en la alegría de sabernos hermanos convocados por Jesús a la Eucaristía, congregados por Él entorno a la mesa y enviados para anunciar la buena noticia: Jesucristo resucitado está con nosotros, podemos vivir una relación tan íntima con Él que le comulgamos y nos invita, desde dentro de nosotros, a vivir el amor fraterno y la caridad con los más pobres³¹.

Mons. José Rico Pavés considera que esta visión de la catequesis como simple preparación presacramental, necesariamente convierte a los sacramentos en *celebraciones de despedida*, por eso es urgente recuperar una catequesis como un camino progresivo de crecimiento en la fe, desde la infancia hasta la juventud. Un proceso jalonado por los sacramentos de la iniciación cristiana, pero que no se acaba con ellos. La idea de una catequesis exclusivamente presacramental es una inercia perniciosa que debemos superar, a la que se suma la inercia de asimilar la catequesis a la enseñanza

³⁰ Cfr. FRANCISCO, Audiencia 30-X-2024.

³¹ L. F. ARGÜELLO, Carta pastoral “Rescatar la primera comunión”, 3-V-2024.

escolar y la utilización de los sacramentos como “promesas” para retener a las personas en la Iglesia³².

3.2. La disolución de lo humano

La iniciación cristiana también debe hacer frente a los desafíos que le plantea la cultura contemporánea. Entre ellos, el Directorio general para la catequesis subraya el *cientifismo*, que se ha convertido en la nueva religión capaz de responder, por sí sola, a los grandes interrogantes de la existencia humana; y la *revolución antropológica*, marcada por el posthumanismo y el transhumanismo³³.

Al hablar de *revolución antropológica*, podemos pensar que también en otras épocas hubo distintas visiones del hombre. Esto es cierto, pero también es verdad que se daban por supuestas algunas características constantes. Se aceptaba la forma corporal recibida, marcada por la diferencia hombre-mujer, así como una capacidad de pensamiento y de libertad, junto con una memoria, que hacían posible la tradición y la historia.

Ahora, todo esto se pone en crisis. El *metaverso* nos permite adentrarnos en mundos alternativos, usando avatares o máscaras, y las decisiones que tomamos en estos mundos pueden rehacerse infinitas veces, como si estuviéramos dotados de una libertad “con freno y marcha atrás”. Vemos también emerger la *inteligencia artificial*, que parece habernos quitado a los humanos la exclusiva de

³² Cfr. J. RICO PAVÉS, “Presentación”, en: CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Buscad al Señor. Catecismo para el catecumenado de adultos y la revitalización de la vida cristiana*, Madrid 2023, 8-11.

³³ Cfr. PONTIFICIO CONSEJO PARA LA PROMOCIÓN DE LA NUEVA EVANGELIZACIÓN, *Directorio general para la catequesis*, nn. 46-47. 354-358. 373-378.

ser el único “animal racional”³⁴. Se propaga también la *cultura de la cancelación*, que se indigna ante injusticias cometidas por generaciones pasadas, y pide eliminar sus huellas en la memoria. De este modo, se cancela la cultura misma, que llega a nosotros mediada por otros hombres. Además, se intenta borrar incluso la memoria más honda grabada en nuestra carne, que es la diferencia sexual³⁵.

Se ha dicho que nos encontramos en la tercera gran crisis doctrinal del cristianismo. La primera ocurrió en el siglo IV, y fue el arrianismo. Se negó entonces que Cristo fuera verdadero Dios. La segunda sucedió en el siglo XVI, cuando la reforma protestante, y lo que se rechazaba era la Iglesia. En nuestros días, la discusión gira en torno a la definición de hombre. Todo esto supone un gran desafío para la catequesis, que debe mostrar cómo el misterio de Cristo sigue iluminando el misterio del hombre, impidiendo su disolución³⁶.

3.3. La reducción inmanentista

A las dos dificultades anteriores, que proceden de nuestro contexto cultural, quisiera añadir dos dificultades teológicas, que nacen de una errónea comprensión del mismo proceso de la iniciación cristiana. Son dificultades antiguas, pero que continúan teniendo su influencia en nuestra práctica catequética. La primera de ellas surgió con las llamadas *Catequesis de la experiencia*, en el periodo posterior al Concilio Vaticano II. Con la buena intención de presentar el mensaje cristiano en su íntima relación con la experiencia humana³⁷,

³⁴ A este respecto: cfr. LEÓN XIV, Encíclica *Magnifica humanitas* (2026).

³⁵ Cfr. J. GRANADOS, *Bautismo, su pascua en nosotros. ¿Puede hoy renacer lo humano?*, Madrid 2023, 9-14.

³⁶ Cfr. CONCILIO VATICANO II, Constitución *Gaudium et spes*, n. 22.

³⁷ “En el momento en que la catequesis omite la correlación entre las experiencias humanas y el mensaje revelado, corre el peligro de

estas catequesis acabaron derivando hacia un inmanentismo que impedía al sujeto cristiano salir de sus propios límites. De esta manera, se difuminó el fundamento mismo de la catequesis, que es el don gratuito de Dios, que viene de lo alto y que no podemos sino acoger³⁸. Así lo señaló San Juan Pablo II en la Exhortación *Catechesi tradendae*:

“Es inútil abandonar el estudio serio y sistemático del mensaje de Cristo, en nombre de una atención metodológica a la experiencia vital. Nadie puede llegar a la verdad íntegra solamente desde una simple experiencia privada, es decir, sin una conveniente exposición del mensaje de Cristo [...]. La auténtica catequesis es siempre una iniciación ordenada y sistemática a la Revelación que Dios mismo ha hecho al hombre, en Jesucristo, revelación conservada en la memoria profunda de la Iglesia y en las Sagradas Escrituras, y comunicada constantemente, mediante una *traditio* viva y activa, de generación en generación”³⁹.

Centrarlo todo en la experiencia subjetiva llevó también a infravalorar la liturgia y los sacramentos, que no se negaban, pero sí se reinterpretaban haciéndoles perder el valor de *lugar privilegiado* de la acción salvífica de Dios. En lugar de poner el acento en la acción de Dios, el acento se trasladó a la vida de la comunidad, a su comprensión de la realidad y a sus decisiones, fracasos y logros. Los sacramentos, más que celebraciones de Cristo, se convirtieron

yuxtaposiciones artificiosas o de malas interpretaciones de la verdad”: PONTIFICIO CONSEJO PARA LA PROMOCIÓN DE LA NUEVA EVANGELIZACIÓN, *Directorio general para la catequesis*, n. 199.

³⁸ Cfr. SANTAYANA, *Fundamentos teológicos y pastorales de la iniciación cristiana*, 39-44.

³⁹ S. JUAN PABLO II, Exhortación *Catechesi tradendae*, n. 22.

unilateralmente en celebraciones de la comunidad, perdiendo su carácter de misterio.

3.4. La ritualización de los sacramentos

En el polo opuesto de la reducción inmanentista se encuentra el error de la ritualización de los sacramentos. Este error consiste en subrayar tanto la eficacia que los sacramentos tienen en sí mismos, que se acaban descuidando las disposiciones subjetivas del sujeto, sobre todo su fe. Procediendo así, los sacramentos se asimilan a *prácticas mágicas*⁴⁰.

Frente a este error, debemos afirmar que los sacramentos no son meros ritos, ni meros actos sacerdotales, sino que implican al sujeto que los recibe, en su libertad y en su ser en el mundo. “Sin un morir, sin que naufrague lo que es solo nuestro, no hay comunión con Dios ni redención [...]. El bautismo no se puede reducir a un simple rito”⁴¹.

Los sacramentos, ciertamente, son eficaces “por la obra realizada” (*ex opere operato*), pero requieren, para dar el fruto deseado, la buena disposición del sujeto receptor, sobre todo su fe y su espíritu de conversión. Así como Dios ha querido que la respuesta de fe de los creyentes, como Abraham o la Virgen María, haya entrado a formar parte de su revelación, de modo análogo, podemos afirmar que los dones que Dios da en la celebración de los sacramentos solo maduran con la adhesión de fe del sujeto que los recibe, que es una adhesión a la fe que la Iglesia le ofrece y le enseña.

⁴⁰ Cfr. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 2111; SANTAYANA, *Fundamentos teológicos y pastorales de la iniciación cristiana*, 44-48.

⁴¹ J. RATZINGER, *Jesús de Nazaret I*, Madrid 2007, 95.

4. SEÑOR, DAME DE ESA AGUA, ASÍ NO TENDRÉ MÁS SED

En el encuentro de Jesús con la samaritana, una vez superadas las dificultades que emergen en el diálogo, el Señor anuncia abiertamente el don del agua viva: “el que beba del agua que yo le daré nunca más tendrá sed, el agua que yo le daré se convertirá dentro de él en un surtidor de agua que salta hasta la vida eterna” (Jn 4,14). Un anuncio que es correspondido por la respuesta de fe de la samaritana: “Señor, dame esa agua, así no tendré más sed” (Jn 4,15).

El corazón de la samaritana se abre a la gracia, sin la cual es imposible el proceso de la iniciación cristiana. En efecto, el impulso y la fuerza para “hacer cristianos” no está en nosotros, sino en Cristo. Nuestra eficacia depende en todo momento de nuestra unión con Él (cfr. Jn 15,1-8). Así lo afirmaba San Juan Pablo II:

“No nos satisface ciertamente la ingenua convicción de que haya una fórmula mágica para los grandes desafíos de nuestro tiempo. No, no será una fórmula lo que nos salve, pero sí una Persona y la certeza que ella nos infunde: ¡Yo estoy con vosotros! No se trata, pues, de inventar un nuevo programa. El programa ya existe. Es el de siempre, recogido por el Evangelio y la Tradición viva. Se centra, en definitiva, en Cristo mismo, al que hay que conocer, amar e imitar, para vivir en Él la vida trinitaria y transformar con Él la historia hasta su perfeccionamiento en la Jerusalén celeste”⁴².

Teniendo en cuenta la primacía absoluta de la gracia, en esta última parte de mi reflexión, quisiera hacer algunas propuestas concretas para dar un nuevo impulso a la pastoral de la iniciación cristiana en nuestra diócesis.

⁴² S. JUAN PABLO II, *Carta Novo millennio ineunte*, n. 29. Cfr. SANTAYANA, *Fundamentos teológicos y pastorales de la iniciación cristiana*, 29-31.

4.1. Los Grupos Frassati

Los Grupos parroquiales Frassati han surgido en nuestra diócesis como respuesta a una demanda de los sacerdotes y catequistas de contar con un *itinerario de formación unitario para los preadolescentes, adolescentes y jóvenes*, desde la poscomunión hasta la mayoría de edad.

Se trata de una herramienta para acompañar la fe de los jóvenes, inspirada en las cumbres de las montañas en la Biblia, que son símbolos del encuentro con Dios. Subir a una montaña supone descubrir paisajes espectaculares, pero también requiere esfuerzo. No se sube por un camino recto ni asfaltado, sino por senderos tortuosos, en los que puede haber caídas y rasguños. La ascensión es un símbolo de la vida espiritual, que supone elevarnos sobre las realidades banales y mezquinas, y proyectar nuestro espíritu hacia el cielo, en un camino de asombro, recogimiento, oración, enseñanza, prueba y expiación.

Al llegar a la cima, nos damos cuenta de cómo Dios ya había bajado a buscarnos y de cómo se ha preocupado por nosotros y nos ha cuidado durante todo el camino recorrido. Nuestra actitud tiende a ser la de quedarnos en la cima de la montaña, contemplando el espectáculo del misterio de Dios, como le ocurrió a Pedro en el Tabor (cfr. Mc 9,5). Sin embargo, el que sube a una montaña debe aprender también a bajarla, para el bien de sus hermanos, como hizo Moisés cuando recibió las tablas de la ley (cfr. Ex 34,29), y como hicieron los discípulos del Señor después de la Transfiguración (cfr. Mt 17,9), porque es necesario contar a los demás la gloria de Dios que se ha contemplado en el monte, para que sean muchos más los que se atrevan a escalar hasta la cima.

Los Grupos Frassati toman su nombre del recién canonizado San Pier Giorgio Frassati, que era un apasionado del alpinismo. Para él, escalar no era solo un deporte, sino una parábola de la vida espiritual, que supone subir hacia Dios con esfuerzo, con alegría y

con compañeros. En una de sus fotografías más conocidas escribió una frase que resume bien su espíritu: “*Verso l’alto*”, hacia la cima, porque la vida cristiana no puede vivirse desde la comodidad, sino desde la altura.

La fe de San Pier Giorgio Frassati no fue intimista ni aislada, sino profundamente eclesial. Vivió arraigado en su vida de parroquia, en la eucaristía diaria, en la oración y en el servicio concreto a los pobres, a los que dedicaba sus mejores energías. Tenía además un don especial para la amistad: sabía reunir a sus amigos, animarlos, contagiarles su entusiasmo por la vida, y, poco a poco, conducirlos a Dios. Este es el espíritu que queremos transmitir a nuestros adolescentes y jóvenes, una fe viva, alegre y valiente. Una amistad que conduce a Cristo, una vida arraigada en la Iglesia y un corazón abierto al servicio de los demás.

A) Un proceso por etapas

Los Grupos Frassati se basan en la convicción de que la fe cristiana no se transmite únicamente mediante contenidos, sino acompañando el crecimiento de la persona. Cada etapa de la vida plantea preguntas distintas, despierta inquietudes nuevas y abre horizontes que necesitan ser iluminados por el Evangelio. Por eso, el camino catequético se articula en diversas etapas que responden a las preguntas propias de cada edad.

En la *etapa Moriah* (4º y 5º de Primaria), el niño comienza a hacerse preguntas y se abre al misterio. Es la edad de las primeras amistades, del deseo de pertenecer a un grupo y de sentirse querido. Por eso, la propuesta catequética de esta etapa quiere situar al niño ante la experiencia fundamental de saberse amado por Dios y ante la posibilidad de una amistad viva con Cristo. Es el momento de poner los cimientos de la identidad cristiana.

La *etapa Horeb* (6º de Primaria y 1º de ESO) coincide con el paso de la infancia a la preadolescencia, cuando el joven toma mayor

conciencia de su libertad y responsabilidad. En este contexto, la catequesis busca ayudar al joven a descubrir que la fe ilumina su libertad, ayudándole a elegir el bien y formando su conciencia moral. Es el momento de pasar de una fe recibida a una fe más consciente y personal.

La *etapa Sión* (2º y 3º de ESO), correspondiente a los primeros años de la adolescencia, coincide con un momento vital en el que el joven comienza a buscar con mayor intensidad el sentido de su vida, al mismo tiempo que las amistades adquieren un peso decisivo en su vida. Por eso, la propuesta de esta etapa se orienta a mostrar que Cristo responde a las preguntas más profundas del corazón humano. Se le presenta al joven la santidad, no como algo lejano, sino como una forma concreta de vivir con plenitud. Se busca que el joven tenga un encuentro más personal con Cristo, que lo impulse a la misión y al servicio.

La *etapa Tabor* (4º de ESO y 1º de Bachillerato), que corresponde aproximadamente a los años finales de la adolescencia, coincide con un momento en el que el joven comienza a configurar con mayor claridad su propia identidad y sus expectativas de futuro. En este contexto, la catequesis busca ayudar al joven a integrar la fe en todas las dimensiones de su vida: la vocación, las relaciones afectivas, la sexualidad y el estudio. Es el momento de cultivar una fe más consciente y madura, iluminada por la belleza del rostro de Cristo.

La *etapa Gólgota* (2º de Bachillerato), que coincide con el paso hacia la vida adulta, representa el momento culminante de todo el itinerario. En este tiempo el joven se encuentra ante decisiones importantes que marcarán su futuro: la orientación de sus estudios y el comienzo de una vida más autónoma. En este momento decisivo, la catequesis propone contemplar el misterio de Cristo en la cruz, donde se revela plenamente el amor de Dios por el hombre, y donde se comprende que la verdadera libertad se encuentra en la

entrega. Gólgota no se presenta como un final, sino como el momento en el que el joven está invitado a responder personalmente al amor de Dios, descubriendo su vocación y disponiéndose a vivirla con generosidad, sabiendo que la santidad no es otra cosa que dejar que la propia vida se configure cada vez más con la de Cristo.

Al culminar todo este itinerario, el joven no habrá recibido únicamente una formación doctrinal, sino que habrá sido acompañado en un verdadero proceso de iniciación y maduración en la fe. El fruto esperado es el de un joven que, arraigado en la Palabra de Dios, alimentado por los sacramentos y sostenido por la comunidad eclesial, pueda discernir su propia vocación y disponerse a vivirla con libertad y generosidad, sabiendo que su vida está llamada a convertirse en signo del amor de Dios en medio del mundo y en camino de santidad. Así, el itinerario no termina realmente en un último curso, sino que se abre al comienzo de una vida cristiana consciente y madura: la de un joven que sabe en quién cree, que reconoce su lugar en la Iglesia y que desea entregar su vida, con alegría y esperanza, al servicio de Dios y de los demás.

B) En compañía de los santos

A lo largo del itinerario, los jóvenes no caminan solos. La Iglesia, como madre y maestra, les propone también la compañía luminosa de los *santos*, que son testigos concretos de que el Evangelio puede vivirse en cada edad y circunstancia de la vida. De esta manera, se comprende que la santidad no es un ideal lejano, sino una vocación posible y hermosa para ellos.

Al pasar de monte a monte, según se va creciendo en el itinerario de fe, se van entregando distintos *hitos*, que, en el lenguaje de los montañeros, son señales que marcan la dirección de un camino, los límites de un terreno o la distancia desde un punto. Cuando los montañeros han perdido el rumbo y están desorientados, buscan un *hito* que les pueda seguir conduciendo hasta la meta. En nuestro

caso, los hitos son los dones del Espíritu Santo, los mandamientos, el credo, las bienaventuranzas, el Evangelio y la cruz. Estos hitos, cuando estamos desorientados, nos ayudan a redescubrir el rumbo que conduce al Señor.

C) Desarrollo de las sesiones

Cada uno de los bloques del itinerario cuenta con treinta sesiones formativas, que se desarrollan a lo largo del curso pastoral. Las sesiones se organizan teniendo en cuenta la realidad de cada parroquia, de modo que los grupos puedan adaptarse con cierta flexibilidad, agrupando edades cercanas, de manera que se favorezca la convivencia de los chicos y se vaya generando una comunidad.

Cada sesión sigue una estructura común, que busca integrar la dimensión espiritual, formativa y humana del encuentro. Se comienza con la *acogida*, mediante una pequeña merienda que favorezca la convivencia y el clima de familia dentro del grupo. A continuación, tiene lugar una *dinámica* o juego, que introduce el tema de la sesión. El objetivo es despertar el interés de los chicos, para que conecten con el contenido que se va a tratar. Después, viene la *catequesis*, que se adapta a la edad de los participantes y que trata de iluminar la vida a través con la luz del Evangelio y el Magisterio de la Iglesia.

Tras la catequesis, los participantes se reúnen en *grupos*, acompañados por sus catequistas, para dialogar, profundizar en lo escuchado, compartir inquietudes y aplicar el contenido a la vida concreta. Finalmente, la sesión termina con una *oración final*, en la que se pone en manos del Señor lo vivido durante el encuentro. Además de estas sesiones, a lo largo del curso, se pueden plantear convivencias y excursiones, para seguir profundizando en lo vivido, junto a otras parroquias de la diócesis.

4.2. La alianza educativa

Como podemos comprobar, los *Grupos Frassati* quieren ser una propuesta de catecumenado, adaptado a nuestros tiempos, pero, para que este catecumenado ofrezca los frutos esperados, se necesita la colaboración de todos. El Papa Francisco solía citar un proverbio africano que afirma que “para educar a un solo niño se necesita una aldea entera”⁴³. Podemos invocar este proverbio para señalar la importancia de trabajar unidos en este proyecto de iniciación cristiana, sobre todo las familias, los colegios, las parroquias y las asociaciones y movimientos eclesiales⁴⁴.

A) La familia

San Juan Crisóstomo solía decir a los padres: “haced de vuestra casa una Iglesia”⁴⁵. Con ello, quería recordarles su obligación fundamental de transmitir la fe a sus hijos, para lo cual han recibido un don especial de Dios⁴⁶. Los padres comunican la fe a sus hijos con la palabra y con el ejemplo, siguiendo el ritmo de los acontecimientos familiares, tales como la recepción de los sacramentos, la celebración de las grandes fiestas litúrgicas, el nacimiento de un nuevo hijo, o una ocasión de luto. Esta misión de los padres es tan importante, que, sin ella, las demás formas de catequesis no pueden dar el fruto esperado⁴⁷. Como hemos visto, hasta el siglo XVI, no existió en la Iglesia una catequesis infantil tal como la conocemos nosotros. Los niños eran catequizados por sus

⁴³ FRANCISCO, Mensaje para el lanzamiento del pacto educativo, 12-IX-2019.

⁴⁴ Cfr. J. A. GRANADOS-J. GRANADOS, *La alianza educativa. Introducción al arte de vivir*, Madrid 2018.

⁴⁵ S. JUAN CRISÓSTOMO, *In Genesim Serm.*, IV, 2; VII, 1.

⁴⁶ Cfr. S. JUAN PABLO II, Exhortación *Familiaris consortio*, n. 49.

⁴⁷ Cfr. ID., Exhortación *Catechesi tradendae*, n. 68

padres, que, a su vez, eran catequizados por los ministros de la Iglesia.

Sin embargo, no podemos ignorar que la familia cristiana, hoy en día, suele vivir unas condiciones de trabajo, que hacen que en encuentro educativo con los hijos se reduzca a muy pocas horas o falte totalmente. Además, cuando llega el momento de la adolescencia, aparece en los hijos una fuerte conciencia crítica y una afirmación de la propia personalidad, que pone en crisis las enseñanzas recibidas de los padres hasta ese momento⁴⁸. Por todo ello, no es bueno que los padres estén solos. Necesitan la ayuda de la escuela y de la parroquia.

B) La educación católica

La transmisión de la fe en la escuela tiene su propia especificidad⁴⁹, que consiste en que la fe se presenta en su relación con los demás saberes y en diálogo con la cultura. En nuestro contexto actual de crisis de la transmisión de la fe en la familia, en muchos casos, la enseñanza religiosa escolar “representa para los estudiantes la única ocasión de contacto con el mensaje de la fe”⁵⁰.

Por ello, es necesario que la escuela católica sea una verdadera comunidad cristiana, fiel a su ideario y a su misión, y que los educadores sean verdaderos creyentes, comprometidos en el crecimiento personal de su fe, pertenecientes a una comunidad cristiana, y deseosos por dar razón de su propia fe a través de sus mismas competencias profesionales⁵¹.

⁴⁸ Cfr. Id., Discurso a la XII Asamblea plenaria del Pontificio Consejo para la Familia, 29-IX-1995.

⁴⁹ Cfr. PONTIFICIO CONSEJO PARA LA PROMOCIÓN DE LA NUEVA EVANGELIZACIÓN, *Directorio general para la catequesis*, n. 313.

⁵⁰ BENEDICTO XVI, Exhortación *Verbum domini*, n. 111.

⁵¹ Cfr. *Código de Derecho Canónico*, cc. 804, 2. 805.

C) La parroquia

Por su parte, las parroquias son “el ámbito ordinario donde se nace y se crece en la fe”⁵², gracias a la escucha de la Palabra de Dios, la celebración de los sacramentos y la práctica de la caridad cristiana. En nuestros días, la configuración territorial de las parroquias se está desdibujando por la creciente movilidad y la cultura digital. La vida de las personas, y particularmente de los jóvenes, cada vez se identifica menos con un contexto definido e inmutable, desenvolviéndose más bien en una aldea global y plural⁵³, pero esto no implica que la parroquia haya perdido su vigencia. Siempre será “la misma Iglesia que vive entre las casas de sus hijos y de sus hijas”⁵⁴.

Sin embargo, la parroquia está llamada a una *conversión pastoral*, para no limitarse a mantener lo existente y asegurar la celebración de los sacramentos. Es necesario que la comunidad parroquial emprenda un camino de renovación misionera, con grandes dosis de creatividad evangelizadora⁵⁵. En esta conversión pastoral de la parroquia, las *asociaciones y movimientos eclesiales* aprobados por la Iglesia pueden prestar un servicio muy importante, haciendo de la parroquia una “comunidad de comunidades”⁵⁶, en la que todos pueden ser acogidos y encontrar su lugar propio, bajo la guía del párroco.

Por lo que se refiere a la iniciación cristiana, los *catequistas* de las parroquias tienen una importancia singular. El Directorio general

⁵² PONTIFICIO CONSEJO PARA LA PROMOCIÓN DE LA NUEVA EVANGELIZACIÓN, *Directorio general para la catequesis*, n. 299.

⁵³ Cfr. CONGREGACIÓN PARA EL CLERO, *La conversión pastoral de la comunidad parroquial al servicio de la misión evangelizadora de la Iglesia*, n. 8.

⁵⁴ S. JUAN PABLO II, Exhortación *Christifideles laici*, n. 26

⁵⁵ Cfr. FRANCISCO, Exhortación *Evangelii gaudium*, n. 28.

⁵⁶ S. JUAN PABLO II, Exhortación *Ecclesia in America*, n. 41.

para la catequesis afirma que ser catequista responde a una vocación singular de Dios, que lo capacita para el servicio de la transmisión de la fe y para la tarea de iniciar en la vida cristiana. El catequista, que representa a toda la comunidad parroquial en la misión de comunicar la fe, está llamado a vivir una honda vida espiritual y a capacitarse continuamente, para llegar a ser testigo de la fe, maestro, mistagogo, acompañante y educador⁵⁷.

4.3. El Directorio diocesano para la iniciación cristiana

En nuestra diócesis complutense, y como un servicio a la comunión en nuestro territorio, se ha publicado recientemente el *Directorio diocesano para la iniciación cristiana*, que, en sintonía con las directrices de la Iglesia, presenta orientaciones concretas muy valiosas para nuestra tarea pastoral. Os animo a todos a estudiarlo, en vuestras comunidades cristianas, y a aplicarlo con diligencia.

En el Directorio encontraréis recogidas las normas diocesanas para la administración de los sacramentos de la iniciación cristiana, y todo lo relativo al orden en que deben administrarse, la preparación requerida, la elección de los padrinos, el lugar de la celebración y la inscripción en los libros parroquiales. Dado que el catecumenado, como hemos dicho, es el modelo de toda iniciación cristiana, en el Directorio aparecen tres formas de catecumenado: el de los niños que se bautizan en edad catequética (7 a 9 años), el de los que se bautizan en la preadolescencia o adolescencia (10 a 15 años), y el de los que bautizan como adultos (a partir de los 16 años).

Por su importancia en el proceso de la iniciación cristiana, el Directorio dedica un capítulo al sacramento de la penitencia, aunque este sacramento no sea propiamente de iniciación, sino de curación.

⁵⁷ Cfr. PONTIFICIO CONSEJO PARA LA PROMOCIÓN DE LA NUEVA EVANGELIZACIÓN, *Directorio general para la catequesis*, nn. 111-113.

Y también se establecen normas para coordinar la pastoral de iniciación cristiana en la escuela católica y en las parroquias, para acompañar en su proceso de iniciación cristiana a las personas privadas de libertad, y para acoger adecuadamente a las personas con discapacidad.

CONCLUSIÓN

En la presente reflexión, he tratado de aplicar el envío misionero que nos dirigió el Papa León XIV, en su visita a España del pasado mes de junio, al campo concreto de la pastoral de la iniciación cristiana. El diálogo de Jesús con la samaritana nos ha servido como hilo conductor, para mostrar el encuentro que se produce, en el proceso de la iniciación cristiana, entre la sed de Dios que hay en el corazón del hombre y el agua viva de la gracia, que Cristo quiere comunicarnos a través de la Iglesia y los sacramentos.

En un primer momento, hemos contemplado la iniciación cristiana como el proceso de formación del sujeto cristiano, por medio de la fe y los sacramentos. Recorriendo la historia desde los tiempos apostólicos hasta nuestros días, hemos podido comprobar la preocupación y la solicitud de la Iglesia en este proceso, a través del catecumenado y la catequesis, con la conciencia de que la iniciación cristiana es el fundamento de toda su misión, como madre y como maestra.

En un segundo momento, hemos analizado algunos de los desafíos a los que se enfrenta la iniciación cristiana, en un contexto caracterizado por la secularización, por un debilitamiento general de la fe en la comunidad cristiana, y por nuevas corrientes culturales que amenazan con la disolución, no ya del sujeto cristiano, sino también del mismo sujeto humano.

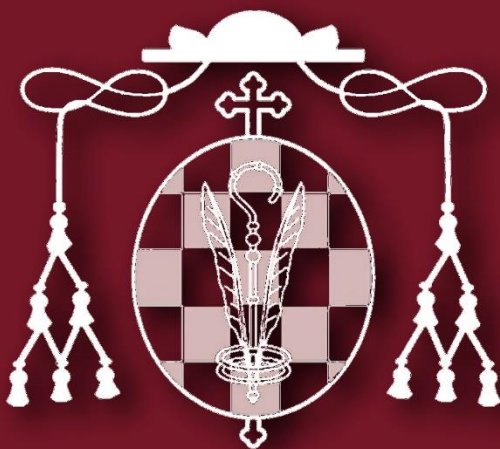
Finalmente, a partir de las claves que han ido emergiendo en el recorrido, presentando los *Grupos Frassati*, he querido hacer una propuesta concreta de itinerario de fe para niños, adolescentes y jóvenes, que creo que responde a las exigencias de nuestro tiempo, y es lo suficientemente flexible para poder aplicarse en diversos tipos de parroquias. Se trata solo de una propuesta, que no quiere sustituir lo que ya funciona, sino que viene a ayudar a quienes están buscando una herramienta, lo más eficaz posible, para que los

sacramentos de la confirmación y de la primera comunión no sean “los sacramentos del adiós”, tal como afirmaba el Papa Francisco.

A todos os pido oraciones por este nuevo impulso que deseamos dar a la pastoral de la iniciación cristiana. Las dificultades están ahí y todos las conocemos muy bien, pero no deben desanimarnos, si ponemos la confianza en el Señor. Digamos con San Pablo: “Todo lo puedo en aquel que me conforta” (Flp 3,13). Nuestros patronos, los Santos Niños Justo y Pastor, que son maestros de la confianza en Dios, nos enseñan a ser valientes en la lucha. A ellos y a la Virgen del Val pedimos su intercesión, para que nos ayuden a formar buenos cristianos, fieles y alegres, que lleguen a ser los santos del siglo XXI.

+ Antonio Prieto Lucena

OBISPO COMPLUTENSE



diocesisdealcala.es

2026

